

Spotlight: The United States and Latin America, Views from the South

With a Little Help from My Friends in the U.S.

by **Patricio Winckler Grez** | Mar 12, 2026

Read English Version

Leer Versión en Español

Con un poco de Ayuda de mis Amigos en los Estados Unidos

Por Patricio Winckler Grez



DRCLAS Visiting Scholars en 2023. Las historiadoras María Bjerg y Jessica Lepler, el sociólogo Álvaro Hofflinger, Patricia Ames, antropóloga, los científicos políticos Laura

Por Patricio Winckler Grez

A bordo de un avión rumbo a Bogotá desde mi casa en Chile, tropecé con un documental de “**Woodstock**” que me trajo recuerdos de juventud vinculados con el país del norte. Aun cuando nací años después de la época hippie, recordé los poderosos riffs de Jimi Hendrix, el ángel de Joan Baez y los alaridos divinos en “With a Little Help from My Friends,” de Joe Cocker, que acompañaron mis cándidos años universitarios en Valparaíso.

En esa juventud, los sentimientos eran de amor y odio para con los Estados Unidos. De odio por ciertos logos como los de McDonalds que asomaban aplastando el modesto comercio local en cada pueblo intermedio del país, perturbando la vida modesta con una modernidad que se tornaría implacable con el paso de los años. Otros sentimientos poco felices se vinculaban con la injerencia de EE. UU. en los trágicos asuntos que ocurrieron en la Latinoamérica de los setentas.

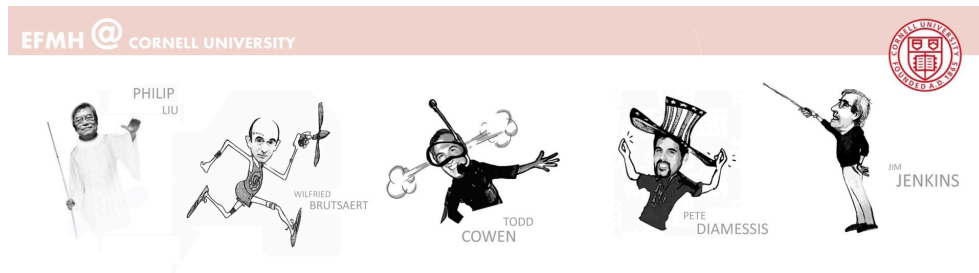
Las sobremesas eran el cuadrilátero donde mi idealismo juvenil chocaba con las ideas conservadoras de mis padres, Mariana y Huguito. Ella solía decir que el tiempo cambiaría mi opinión, y en parte tuvo razón. Hoy puedo decir que mis hijos se criaron en el país del norte y que, luego de haber vivido varios años allá, he aprendido a separar la paja del grano.

Por esas cosas de la vida terminé estudiando en un pequeño pueblo universitario de New York, luego de experiencias como estudiante en Finlandia, España e Inglaterra. A mediados de 2010 partimos a Ithaca, con el objetivo de hacer el doctorado en Cornell University, que terminó marcando las vidas de mi mujer Claudia y mis hijos Tomás y Martina. Ambos, anglófonos, crecieron entre playgroups y colegios públicos cuya calidad supera con holgura a los pares de mi país. Recuerdo al mayor tocando violín en clases de música, en un gesto que es poco frecuente en mi país, donde la cultura ha sucumbido ante las pantallas; también las actividades familiares en el colegio o las fiestas en el community center, donde amigos de los más lejanos orígenes compartíamos algo de dicha cultura. Fueron tiempos gratos, por cierto...

La decisión de hacer los estudios en EE.UU. no era casual. De niño soñaba despierto con los viajes de Carl Sagan en la serie Cosmos, que transmitían en la señal nacional, y quería conocerlo. Los caminos de la vida nos llevaron a vivir en su barrio de Ithaca años después, cuando ya había fallecido. Y regularmente

visitaba su tumba con alguno de mis niños en un stroller enfundado en un plástico, para aguantar los -10°C del implacable invierno. Las decenas de cohetes, naves espaciales y girasoles que dejarían sus seguidores la temporada anterior asomarían resplandecientes bajo la nieve derretida por el sol primaveral.

Caminando en los páramos de las cumbres bogotanas, mi buen amigo y compañero de doctorado Jorge Escobar me recuerda del rigor de las aulas de Hollister Hall, en Cornell. Ahí conocí a maestros que marcaron la forma en que concibo la ciencia, una disciplina que antes conocía a lo lejos. Esas conversaciones de pasillo me llevaron a tomar la tiza y rayar en cualquier pizarrón ideas y más ideas, muchas de las cuales no tuvieron fin alguno. Pero algunas permitieron formarme una opinión autónoma antes de caer en los lugares comunes, lo que se tradujo en una forma de enfrentar los problemas de la vida. Porque de aquellos maestros aprendí lo valorable de pensar desde cero, de estar atento a los detalles, y de escuchar a compañeros de los más disimiles orígenes, en una atmósfera multicultural que se encuentra en pocos lugares.



En 2023 recibí la gran noticia de ser aceptado como visiting scholar en el David Rockefeller Center for Latin American Studies de Harvard University. La postulación fue una idea peregrina que nunca pensé se concretaría, pues el énfasis de DRCLAS son las humanidades y las ciencias sociales. Como en otras ocasiones, decidimos tropezar en el camino más plano, abandonar la vida rutinaria en Chile y partir con camas y petacas a Boston por un semestre. El motivo de la postulación era experimentar los cruces interdisciplinarios que en mi querido puerto natal eran difíciles de encontrar. Al haber escuchado *The Unanswered Question* en múltiples ocasiones -un curso de 1973 en el que polifacético Leonard Bernstein valoraba el espíritu interdisciplinario en el que se funda esta universidad- pensé en las oportunidades casi ilimitadas para hacer preguntas esenciales (a riesgo de ingenuas) en un ambiente intelectualmente exigente. Y de paso, permitir que nuestros hijos vivieran la experiencia de un high school público y multiracial.

Llegando a los cincuentas, no había tenido la oportunidad de conocer el oficio de autores de mundos para mí lejanos como las humanidades o las ciencias sociales. Esa suerte cambió este otoño en Cambridge. Y no fue sólo uno, sino varios autores con quienes cruzamos ideas compartiendo el cafecito de mañana durante el otoño boreal. En las aulas del Harvard Kennedy School pude escuchar a la carismática Jacinda Arden, expresidenta de Nueva Zelanda, quien, entre otras cosas, fue reconocida mundialmente por su exitoso manejo de la pandemia, o a Juan Manuel Santos, también expresidente y Premio Nobel de la Paz, por sus esfuerzos de pacificación del conflicto armado en Colombia. También pude asistir a una sesión de Michael Sandel, el a mi juicio más talentoso profesor de una disciplina ajena a la mía, y que con una facilidad sublime interpela a sus pupilos con dilemas filosófico-éticos que a cada ser humano debieran importar. Esto no son más que ejemplos de oportunidades que se dan en un ambiente que favorece el intercambio de ideas, la creencia en el disenso, el respeto por la democracia en sus más diversos niveles y el profundo aprecio por la razón y el conocimiento. Estos valores, por cierto, se dan en la Universidad Norteamericana.

De mi paso por DRCLAS aprendí que historiadoras, politólogos, antropólogas e ingenieros -disciplinas de mis compañeros de cohorte- buscamos generar conocimiento confiable para el bienestar comunitario. En ese proceso hemos de distinguir entre los hechos verificables de las meras consignas; separar la ideología de formas menos subjetivas como la ciencia. Y para ello se requiere de una cuota de coraje intelectual. Hoy vemos que la razón se extravía entre dogmas polarizantes, que me tienen algo pesimista. Pero como dice un personaje del documental de "Woodstock," *There is always a little piece of heaven in a disaster area*. Desde mi humilde posición de espectador y a la distancia, prefiero un EE. UU. acogedor como el de Obama al de Trump. Pero eso es algo que solo los estadounidenses deben decidir en las urnas.

Al finalizar, replico las ideas que cierran el documental de Woodstock. Peace, music, ecology, liberty, community, democracy, alternative, knowledge y altruism, a la que sumaría también friendship.

Patricio Winckler is a professor at the School of Ocean Engineering at the University of Valparaíso, Chile, as well as a hobbyist artist and writer (<https://patowinckler.cl/>). In 2023-24, ... was a Cisneros Visiting Scholar at the David Rockefeller Center for Latin American Studies.